

Viernes XVII
Ciclo B



2 de agosto de 2024

Jr 26, 1-9

Sal 68

Mt 13, 54-58

P. Eduardo Suanzes, msps

Jesús abandona el lago y se encamina a su antiguo lugar natal: Nazaret. Comienza a enseñar en aquella sinagoga los sábados. Los oyentes se asombran de su doctrina, como lo hicieron aquellos que estuvieron en la montaña y se escandalizaron al finalizar Jesús el sermón. La reacción escéptica de la gente demuestra que el asombro no tiene aquí un significado positivo. «¿De dónde le viene este saber, esta sabiduría?». El «saber» se refiere en el contexto a la predicación de Jesús; «¿Y esos prodigios?». Los «prodigios» refieren a sus curaciones, muchas de las cuales han sucedido ya en lugares galileos. Ambas cosas se compaginan mal con un hijo de artesano bien conocido en el pueblo. El texto no dice *carpintero*, sino que se utiliza la palabra griega *tektón* con que se designa a alguien que fabrica objetos de madera o de piedra, como casas o herramientas.

Los nazarenos conocen la familia de Jesús, de quién es hijo, quién es su madre y quiénes sus parientes y utilizan este saber para expresar su distanciamiento. «Se escandalizan» de él. El «asombro» de los nazarenos se interpreta, pues, aquí muy claramente en sentido negativo. Jesús les está confiando sus experiencias y enseñanzas, les está comunicando su intimidad, lo que él es, pero es rechazado: y es que ningún profeta es apreciado en su comunidad.

Mateo considera importante, lo sucedido y por eso hace la observación final: lo que en Nazaret quedó patente ha sido la «incredulidad». Así como la fe de los enfermos en Jesús significa mucho más que la confianza en Jesús como sanador, también lo que los nazarenos han hecho significa más que la no aceptación de los prodigios de Jesús: una toma de postura ante salvación y perdición.

Esta actitud paradigmática que tiene la gente de su pueblo natal resume la reacción de Israel frente a Jesús al término de su actividad en Galilea, porque pronto realizará su viaje hacia Jerusalén. Ya había dicho: «dichoso el que no se escandalice de mí»¹; pero aquí en su tierra como en el resto de Galilea no había tenido mucha aceptación.

Imagínate que estás sentado sobre la gruesa rama de un árbol; hacia tu derecha está el tronco y, por lo tanto, hacia tu izquierda está el extremo de la rama. Plácidamente estás ahí sentado mirando el paisaje. Los de abajo que te ven piensan que qué a gusto debes estar ahí subido en esa rama, a una altura considerable, divisando el paisaje y arrullado por los cantos cercanos de los pájaros. De pronto tú, que estás en la rama, sacas de tu morral una sierra y, permaneciendo sentado, con la mano derecha comienzas a serrar la parte de la rama más cercana al tronco. Los de abajo se quedan atónitos viendo la maniobra que estás

¹ Mt 11,6

realizando sin entender cuál es tu propósito pues el desastre será seguro y sin remedio. Conforme la sierra va penetrando más y más la madera la angustia se hace mayor por la inminencia de la caída y por más señales de aviso que te lanzan desde abajo no haces caso y continúas, obstinadamente, con la sierra hasta que, por fin, la rama se quiebra siendo la caída mortal.

Eso es exactamente cuando alguien ***consciente y obstinadamente se cierra a la misericordia de Dios*** manifestada en Jesús, que es lo que en este caso les pasó a los de Nazaret. Es como cortar la rama del árbol consciente y obstinadamente: no hay posibilidad de remedio mientras se persista en esa actitud. Parece que tenemos el poder de hacernos impenetrables a la misericordia de Dios desparramada en Jesús.